





¡Dame un toque!

Francesca Guerrero

Platero
COOLBOOKS 

Título: ¡Dame un toque!

Primera edición: abril, 2025

© 2025, del texto Francesca Guerrero.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 924-2025

ISBN: 979-13-87720-08-7

Quiero dedicar este libro a mis padres, José y Charo, a los que abrazo en la distancia y recuerdo en cada paso que doy. Este primer libro va por ellos. Por su memoria y en agradecimiento por absolutamente todo.

Agradecer también a mi marido Josep y a mis hijos, Cristina y Alexandre, porque son mi luz y el motor que me impulsa día a día. A mis hermanos Josep Lluís, Santi y Manel y en extensión al resto de mi familia por su apoyo incondicional. Me siento muy afortunada por tenerlos en mi vida.

A Montse, Mario y Carlos, por su apoyo inestimable en la elaboración de este libro.



Índice

Preámbulo	9
El primer día	13
Empezó el show	27
Confirmación.....	39
Demostración	49
Confesión	67
Transición.....	77
Investigación	89
Brujería	101
Revelación	111
La espera.....	123
El laboratorio	133
Vuelta a la biblioteca	143
¡Basta!.....	159
La huida	171
Papá	185
La preparación	197
Iliston	209
Contraataque.....	221
Raíces	239
¿Fue un sueño?.....	253
Un nuevo día.....	263
La verdad	271



Preámbulo

Caminé rápido, muy rápido, necesitaba dejar atrás aquella cafetería. Mi objetivo era llegar a la parada del autobús que me llevaría de vuelta a casa. No sé si me asustaba más lo que me acababa de ocurrir o saber que mi huida no serviría de nada, porque aquella mujer sabía dónde encontrarme.

Antes de contaros mi historia, quiero advertiros de lo inverosímil de la situación que me ha tocado vivir y que ha afectado a más gente de la deseada. Podéis no creer nada de lo que os voy a contar, lo entendería, o tal vez suponer que pudo ser cierto. Sea como fuere, voy a mantenerme fiel a los hechos, aunque ello suponga agudizar vuestra imaginación más allá de lo inconcebible. El resto está en vuestras manos.

Mi nombre es Ana Salazar, tengo veintiséis años y, en principio, podría decir que soy una mujer con un toque diferente. Pensaréis que presumo de mi «don», pero nada más lejos de la realidad. De hecho, hubo ocasiones en que se convirtió en un auténtico suplicio.

Lo que os contaré no fue realmente el inicio de la historia, pero sí el momento en el que tomé consciencia de lo que se me venía encima.

Aquel viernes había estado trabajando hasta las seis y media de la tarde. Ese era mi horario la mayor parte de los días de la semana. Aún no había oscurecido. Me sorprendí, y no gratamente, al ver que Jane estaba esperándome en la acera. La señora Coolan, que tendría unos sesenta años,

había sufrido un colapso el día anterior o, mejor dicho, dos colapsos en mi presencia, y me había hecho responsable de ellos. Cuando la vi en la calle aguardando mi salida, me asusté. Podría haberla ignorado, pero el sentido de mi marcha me dirigía directamente a ella. Invertir la dirección hubiera sido demasiado descarado. Se acercó en línea recta hacia mí y no pude evitar responder a su embestida.

—Hola, señora Coolan, ¿ya está mejor? —dije sin saber realmente si debía sonreír o no.

—Hola, Ana. Te llamas Ana, ¿verdad? —dijo con un gesto de alegría. No entendía nada, el día anterior me acusaba de no sé qué y en ese momento me hablaba de la forma más cordial—. ¿Podemos tomar un café por aquí cerca? —preguntó, esperando, obviamente, una afirmación por respuesta.

No me apetecía nada tener que hablar con una desconocida. Lo más seguro era que estuviera pensado presentar una queja formal por lo sucedido la tarde anterior. Y ese fue el motivo por el que decidí aceptar. «Mejor tenerla contenta», pensé.

Nos dirigimos a un restaurante que hacía las veces de cafetería situado en Kings Boulevard, cerca de mi lugar de trabajo. Parecía que sabía muy bien a dónde iba. Era un local con sillas confortables y camareros uniformados al que yo no solía ir, pues tenía fama de ser poco asequible, digámoslo así. Estaba decorado con gusto. Mostraba una arquitectura trabajada y lucía un techo alto a modo de cúpula. La decoración de madera y los sillones marrones de piel lo hacían acogedor. Nos sentamos en la zona menos concurrida del local y pedimos un café para ella y un agua para mí.

Noté que empezaba a ponerse nerviosa. Se frotaba las manos y miraba alrededor. Parecía temerosa de que alguien nos escuchara.

—Pues usted dirá —rompí el hielo deseando entender lo que ocurría. Ya estaba empezando a sentirme acosada por

aquella mujer que, hasta el día anterior, era una desconocida para mí.

—Siento el abordaje —se excusó sin perder de vista mis ojos—. Verás, no entiendo lo que ocurrió ayer. Necesito una explicación.

—Pues, no sé qué responder porque no sé a qué se refiere. Siento mucho si hice algo que la molestó, pero le aseguro que...

—No quiero recriminarte nada —interrumpió—. Disculpa si te ha parecido una acusación, pero lo que viví ayer fue tan increíble y me dejó tan desconcertada que no supe reaccionar. Lamento si te hablé mal. Ni siquiera sé si tiene algo que ver contigo.

Seguía sin entender nada. Temí caer en alguna especie de trampa y no respondí.

—¿No sabes de qué te estoy hablando? —insistió.

—Pues la verdad es que no. Si me hace el favor de explicarse —añadí temerosa, pero con curiosidad.

—Ayer, cuando me diste el libro, ¿recuerdas?, ¿cuando estabas aún en la escalera?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—¡Tuve un orgasmo increíble! —exclamó con cara de felicidad.

—¿Perdón? —dije petrificada. ¡Pero qué me estaba diciendo esa señora! Mi cuerpo reaccionó echándose hacia atrás. La espalda se me clavó en el respaldo de la elegante silla que acogía mis posaderas y no fui capaz de articular palabra.

No contenta con eso, añadió:

—No te diría nada si no fuera porque cuando me tocaste por segunda vez volvió a pasar lo mismo.

—Perdone, pero me parece que se confunde. —Fue lo único que se me ocurrió.

—Supongo, entonces, que esto no te había pasado con nadie más. Estoy muy segura de lo que viví. Soy científica

y te puedo asegurar que lo que ha ocurrido es digno de estudio.

—¿Un orgasmo, dice? —pregunté. Tal vez lo había entendido mal.

—De los mejores de mi vida —volvió a responder con tal sonrisa que me asusté.

Como impulsada por un resorte me levanté de la silla. Aquella mujer, que sin duda estaba como unas maracas, también se incorporó e intentó impedirme el paso.

—¡Por favor, no te vayas! —rogó.

—Disculpe, pero esta conversación no me parece una buena idea.

—¿A qué te refieres?

—Pues a lo que me está diciendo. ¡A qué va a ser!

—Está bien —dijo Jane resoplando como para coger carrerilla—. ¿Podemos comprobar si lo que te digo es real? ¡Tócame!

—Será mejor que me vaya —dije girando sobre mí y caminando en dirección a la entrada del local, sin recordar siquiera que no había pagado mi consumición.

Sé que me persiguió hasta la puerta, pero después dejé de escucharla.

La parada del bus no estaba lejos. Tuve que volver la vista para asegurarme de que aquella psicópata no me estaba siguiendo.

El primer día

La capital del Imperio británico es mi hogar desde hace ya muchos años. Llegué de la mano de mi padre, un hombre al que adoro y al que veo menos de lo que quisiera, pues se pasa la vida viajando debido a su trabajo.

Mi madre había fallecido unos meses antes de venirnos a Inglaterra de una triste enfermedad que se la llevó sin darnos apenas tiempo a mover los brazos para pedir ayuda. En aquel momento, a mi padre ya le habían hecho una oferta de trabajo en el extranjero que decidió finalmente aceptar, supongo que para huir de una situación tan difícil como indigesta. «Ella lo habría querido así», nos dijo a mi hermana y a mí. Así que tuvimos que adaptarnos a una vida bastante diferente en muchos sentidos.

Al principio fue algo complicado: teníamos nuevo idioma, nuevo colegio, nueva casa y nuevos amigos. Echaba muchísimo de menos a mi madre y los únicos referentes a los que me pude anclar eran mi padre y mi hermana, pues hasta las amigas que tenía en España fueron desapareciendo poco a poco.

Hacía ya unas semanas que mi hermana y yo habíamos decidido dejar la casa paterna y trasladarnos a un lugar en plena ciudad más cómodo y práctico. Papá aceptó nuestro planteamiento a regañadientes, aunque él apenas estaba en casa. Entendió que nuestras vidas mejoraban con ese cambio. Ambas teníamos el trabajo en la ciudad. Su condición

principal fue la llamada diaria de control y las celebraciones imprescindibles de la familia: el día de Navidad y la noche de Reyes. En la nueva vivienda me quedé con un dormitorio grande, tal vez el espacio más amplio del apartamento. Mi hermana se quedó otra habitación interior con baño privado. Siempre pensé que se trataba de una vivienda pequeña y no bien aprovechada, pero estaba situada a buen paso de nuestros respectivos trabajos. Su situación en un barrio tranquilo y a pocos metros de la parada del autobús que me lleva cada mañana a mi lugar de trabajo la convertían en un lugar idóneo para vivir.

Mi hermana se llama María José, pero no tardó mucho en adaptar el nombre cuando llegamos a Londres. Yo la llamaba Mariajo, pero en el colegio inglés la bautizaron con un nuevo acento, algo así como *Meryjou*, y acabó siendo simplemente Joy para todos los de su entorno. Ella trabaja en banca. Ya entonces hacía varios años que desarrollaba su labor profesional en ese ámbito. Es la calculadora humana más precisa que conozco. Aún hoy en día hace las veces de hermana mayor, en ocasiones, demasiado. Aunque la relación es buena, hay cosas que nos diferencian claramente. En realidad, hay un espacio, o más bien un abismo, entre nosotras, ya que frecuenta un círculo de amistades tan calculadoras como ella. Yo me muevo en ambientes diferentes, menos cuadrados, y en los que me siento mucho más cómoda.

Convivir con Joy no fue nunca complicado, estábamos habituadas, pero lo cierto es que somos muy diferentes. Mi hermana es una chica que mide sus palabras, controla sus pertenencias y domina el espacio como nadie, mientras que yo soy más caótica, desordenada y torpe, pero en simpatía gano yo.

Para mí, Joy tiene un físico que raya la perfección. Cara bonita, cuerpo esbelto y proporcionado, cabello oscuro y preciosos ojos azules. Supongo que al haber nacido antes que yo tuvo alguna preferencia en el sorteo de los genes.

Suele vestir elegante, su color preferido es el azul marino y entre semana acostumbramos a coincidir cuando llegamos de trabajar.

El día que mi vida dio un vuelco inesperado comenzó con una fantástica mañana de marzo. Aquí llueve casi a diario, pero aquel día el sol brillaba con fuerza y me sentí contagiada por su energía. La luz era tan clara que me sentí transportada a los amaneceres de nuestra casa de España.

Lo cierto es que hasta ese día mis jornadas transcurrían sin demasiados sobresaltos. Tenía mis rutinas, trabajo, amigos, gimnasio y poco más. Siempre había querido emoción en mi vida, pero no sé si tanta.

Al poner los pies en el suelo Joy ya se había ido. Ella madrugaba mucho. Controlaba su tiempo con tal exactitud que hasta la cafetera trabajaba para darle su café a la hora exacta y no romper su impecable rutina.

Recuerdo que aquella mañana me levanté, me duché, escogí un bonito vestido verde y desayuné un café con unas galletas que había comprado la tarde anterior en la tienda de comestibles cercana a mi casa. Lo recuerdo bien porque durante un tiempo repasé una y otra vez cada paso que di intentando encontrar el detonante de mi *problema*.

Después del desayuno fui a la habitación para estirar las sábanas, no con mucho esmero, la verdad. El tiempo acostumbra a correr más de lo habitual por las mañanas. Busqué el bolso que apareció sobre el sofá, no sabía cómo había llegado allí. Cogí la chaqueta del perchero de la entrada y cuando salí, con una galleta entre los dientes y comprobando que llevaba el móvil, tuve que regresar para recoger las llaves. Por suerte me di cuenta antes de cerrar la puerta. Tampoco las había dejado en su sitio. Mis intentos de control sobre mis cosas todavía son una asignatura pendiente.

Corrí escaleras abajo los mismos treinta y dos escalones que me alejaban del asfalto callejero y caminé unos metros hasta la parada del autobús que, como cada mañana, llegaba

a las 7:50 al mismo punto en el que esperábamos las mismas caras con los mismos ánimos. Una vez dentro, me situé al lado de la puerta de salida. Durante el recorrido observaba al señor del quiosco que colocaba con cuidado los periódicos en sus cuadrículas, al tendero hindú que abría la tienda de comestibles, y a los niños uniformados que se dirigían al colegio de la mano de un adulto con cara de sueño. En cinco paradas, unos veinte minutos de trayecto, ya había llegado a mi destino: la Biblioteca Nacional.

No es por nada, pero creo que tengo el mejor trabajo del mundo. Paso los días entre libros, los más exclusivos y fascinantes que pueden existir. Soy documentalista e historiadora. Me apasiona lo que hago. Desde pequeña ese fue mi anhelo, vivir rodeada de libros, cuantos más mejor, y tener en casa una enorme biblioteca con la que llenar espacios de tiempo y sueños.

Al ser una persona desordenada y algo caótica, podría parecer que ese trabajo no me va para nada. A decir verdad, es lo que me calma, lo que me hace bajar al suelo y me ayuda a trabajar la concentración y la paciencia, virtudes poco significativas de mi personalidad.

La biblioteca se había convertido en el lugar perfecto para escribir mi propia historia. Aquel rincón del mundo reúne tal riqueza en su interior y tiene tanto que ofrecer que, en ocasiones, siento vértigo por estar tocada por la varita de los afortunados. Cada uno de aquellos tomos representa un testimonio de vida, un lujo palpable. Dentro de aquellas paredes había un mundo, pero su historia se remontaba mucho más allá de sus muros. Gran parte de sus obras estuvieron muchos años al amparo del Museo Británico, que acogió a pensadores, filósofos y científicos de gran calado. Personas que habían utilizado sus salas como meros usuarios, dando rienda suelta a sus afanes y llegando, algunos de ellos, a cambiar el rumbo de la historia. El nuevo edificio contiene diez millones de volúmenes que incluyen mapas,

atlas, periódicos y partituras y recibe cada año más de seiscientas mil nuevas entradas. Alberga colecciones únicas y manuscritos donados por ilustres personalidades.

Desde que acabé los estudios opté por una plaza en esta institución. Conocía bien los archivos que contenía, pues fue allí donde realicé las prácticas el último año de la carrera. Algunos de mis compañeros de trabajo habían sido también mis tutores y me acogieron muy bien como nuevo miembro del equipo.

Como cada día laborable del calendario, me encontraba ante el magnífico edificio. Observaba la majestuosidad con la que se presenta al mundo. Grande, limpio de formas y de un magnífico color teja, aunque, lo más impresionante, dicho sea de paso, está en su interior.

La entrada por la que el personal accede al recinto se abrió de nuevo gracias a una tarjeta con banda magnética que emite un sonido grave e identifica el punto de partida para un nuevo día de trabajo.

Como era habitual, recogí mi melena en una cola de caballo mientras dejaba el bolso en la taquilla y echaba un vistazo en el espejo del reducido vestuario antes de salir en dirección a la zona central de la biblioteca. Eso también lo hago cuando empiezo a trabajar. Paso revista a mi aspecto: cabello oscuro siempre recogido, ojos grandes y oscuros, como los de mi padre, labios gruesos que muestro al espejo con un beso de buenos días, dientes ordenados y tirando a blanco, nariz fina, esa no sé a quién ha salido, y cara de pito, como decía mi madre. Lista para empezar a trabajar, subí las escaleras que conducen a la sala de lectura.

Presidiendo el espacio, el mostrador de madera oscura por el que han pasado multitud, montones de solicitudes, cientos de miles tal vez, devoluciones, manos impacientes y libros nuevos y ajados, el pan nuestro de cada día. Desde él se pueden observar las mesas perfectamente alineadas discurriendo a lo largo de la superficie e iluminadas por unas

lámparas de color gris que emiten una luz direccional al lugar de trabajo y protegen el entorno con un suave reflejo. Las personas que ocupan sus espacios llenan de vida y de razón su existencia.

—¡Hola, Ana, buenos días! El jefe ha estado preguntando por ti —dijo Paul, mi compañero de trabajo, en un tono muy serio—. Te espera en su despacho —añadió sin perder de vista mi mirada. Aquello me creó cierta ansiedad.

Paul, aquella mañana, se había adelantado a mi llegada. Normalmente entrábamos juntos a nuestro lugar de trabajo. La puntualidad británica es un hecho.

Es un chico agradable y un buen compañero. Es delgado, tiene el cabello rubio y lacio con un flequillo que se desliza hacia delante interponiéndose frecuentemente entre sus ojos y los de su interlocutor. Debe tener unos cuantos años más que yo, los treinta los ha cumplido seguro. Es también un apasionado de los libros. Conoce montones de autores y obras de diferentes culturas. El único problema que yo le veo es que es tan complaciente con todo el mundo que se olvida de sí mismo. Evita en cualquier caso el enfrentamiento. Que le faltan narices, vamos.

—¡Ah!, *ok* —le respondí contrariada, pues no había tenido tiempo ni de dejar el móvil en el interior del mostrador—. Ahora voy —dije girando sobre mis talones y dirigiéndome al despacho del jefe.

El despacho de Richard Sean, así se llama, está en la planta superior y se accede a él a través de una escalera circular situada en uno de los extremos de la gran sala de lectura. No era habitual que me hiciera subir, de hecho, solo lo había hecho en una ocasión y, para entonces, ya llevaba cerca de dos años trabajando allí. Reconozco que no pude evitar sentir un ligero temor y me puse nerviosa, pero la curiosidad podía más que la incertidumbre. Sin darme cuenta ya estaba delante de la puerta. Un santiamén, llegué en un santiamén.

—Hola —saludé asomando ligeramente mi cabeza después de llamar—. ¿Se puede pasar?

Richard era un hombre bastante apuesto. Debía tener unos treinta y tantos. Tal vez treinta y cinco. Va siempre muy bien vestido. Tiene una marca de nacimiento del tamaño de una pequeña moneda situada en el lado izquierdo del rostro que lo distingue del resto de los mortales y que, cuando sonrío, desaparece engullida por un hoyuelo. Cabello oscuro con ligeras entradas y ojos grandes muy, muy azules. Sé lo que estáis pensando, pero no hay nada. Nada de nada... Bueno, algún que otro pensamiento, pero nada más.

—¡Hola, Ana, adelante! —me dijo levantando la mirada de unos papeles que estaba ojeando—. Te estaba esperando. Pasa, pasa. Siéntate —añadió ofreciéndome la silla que había delante de él, al otro lado de la mesa.

—Paul me ha dicho que me estaba buscando.

—Sí, verás, Ana, tengo un trabajo para ti. ¿Verdad que tu tesis doctoral giró en torno a los documentos de Iliston?

Iliston es una casa señorial de estilo georgiano de varios siglos de antigüedad situada en la campiña inglesa. Ha pertenecido durante toda su historia a la misma familia. De este lugar habían llegado a la biblioteca unos documentos que debían ser estudiados y catalogados en el momento en que me encontraba cursando un máster en investigación. Yo pude disfrutar de esa experiencia.

—Sí —respondí segura pero intrigada—, estuve trabajando con ellos durante el tiempo que estuve aquí haciendo mis prácticas y les dediqué mi tesis doctoral. Fue fascinante.

—Bien —añadió—, pues ahora me gustaría que echaras un vistazo a esos papeles —dijo señalando unas cajas de cartón colocadas sobre una mesa en el rincón del despacho.

Es en ese momento cuando empieza, creo, la parte más interesante de lo que durante un tiempo iba a ser una aventura excitante... muy excitante.

Recuerdo que me giré para observar las cajas y miré a

Richard que, cómo no, esperaba mi respuesta con media sonrisa. ¿Cómo podía negarme?

—¡Pues claro! —dije entusiasta—. ¿Cuándo me pongo a ello?

—Hoy mismo —contestó con seguridad.

—¿Y qué debo buscar?

—Notas, cartas, cualquier cosa que haga referencia a la historia de Iliston. Hay que documentar el nuevo museo que se abrirá en un ala de la mansión y cualquier dato nos ayudará a dar veracidad a la historia de ese lugar. Nuestro cliente necesita un hilo conductor para crear un circuito de interés. Búscalos. Sé que puedes hacerlo.

Ante aquella demanda no me podía callar, algo que es también habitual en mí. No entendía por qué había pensado en mí para el trabajo. Así que pregunté:

—¿Podría saber por qué me lo encarga a mí? Paul y May tienen mucha más experiencia. Me encanta la idea, pero...

No me dejó acabar.

—Pues porque estos documentos han sido hallados en el mismo lugar que los que utilizaste para tu tesis, en la que, por cierto, sacaste muy buena nota, así que a ti te resultarán más familiares. ¿Puedo contar contigo?

—¡Por supuesto! —dije... y me quedé tan ancha.

Pude haberle dicho que era un trabajo de mucha responsabilidad, que no me veía capaz, que le agradecía la confianza, pero que tenía muchas cosas en la cabeza o que no pasaba por un buen momento..., cualquier cosa. Pero no, respondí vanidosa que sí. Dije que sí y aquello me cambió la vida.

—Haré que te los lleven a la sala azul —añadió— para que los puedas ir clasificando y tú misma te organizas el trabajo. —En ese momento ya estaba metida de lleno en mi nueva tarea—. Verás que hay bastantes documentos, objetos, libros, dibujos y algunas libretas. En realidad, hay unas cuantas cajas más. No sé si encontrarás algo interesante,

pero espero que me mantengas al corriente. Si a ratos hace falta echar un cable en la sala principal, te organizas con tus compañeros. El resto del tiempo lo dedicas a esto. No podemos esperar más, estamos pendientes de una nueva entrada de material con el que también habrá que trabajar.

—De acuerdo —dije emocionada mientras me dirigía a la puerta. No podía disimular mi felicidad por la enorme suerte de aquel encargo.

Me hervía la sangre. La investigación era unos de los principales motivos por los que había decidido estudiar esta carrera. Mi mente inquieta ardía de ilusión. Era lo único que me hacía parar, ralentizar mis movimientos y pulsaciones y conseguía concentrar todos los sentidos en un solo punto.

Mis pies, que ya me dirigían a mi nueva aventura, se pararon de repente cuando mi jefe dijo:

—Ana, espero tener un informe sobre mi mesa en unos días.

—Así será —contesté segura, añadiendo a mis palabras una sonrisa de complacencia.

Tenía ante mí un nuevo reto, una oportunidad, y no iba a desaprovecharla. Sabía que se trataba de un trabajo laborioso, pero me encantaba descubrir en los escritos de tanto tiempo atrás sentimientos y pensamientos de personas que no había conocido. Algunos de esos documentos podían acabar en algún museo, y eso lo hacía aún más emocionante. También era consciente de que en muchas ocasiones no tenían valor histórico, pero me encantaba la idea de organizar los resultados del estudio y crear el informe con el que Richard me iba a valorar. Eso me animaba aún más.

Bajé corriendo la escalera y fui a la zona central de la biblioteca para informar a mis compañeros y organizar el resto del día. Creo que tenía la sensación de estar levitando mientras me apresuraba hacia ellos. Solo un pensamiento frenó ligeramente mi alegría, se trataba de May. Mi compañera de trabajo se mostraba feliz siempre y cuando mantuviera mi

cabeza por debajo de la suya. Desde el primer día me había dejado claro que allí había grados y cuando Richard me ofreció el trabajo solo pude pensar en su reacción. No estaba segura de que aceptara mi dedicación al nuevo estudio sin poner alguna traba.

—Paul —le dije a mi compañero—, ¿cómo nos organizamos para que pueda ir a la sala azul a hacer un trabajo que me ha encargado Richard? —expliqué de qué se trataba y obtuve inmediatamente el beneplácito del treinta y tres por ciento de la plantilla del departamento. El otro treinta y tres por ciento correspondía a May, que no se encontraba allí en aquel momento. «¡Bien!», pensé con cierto alivio.

—Anda, ve —dijo Paul animándome—, parece que hoy va a ser un día tranquilo.

—¡Gracias! —respondí contenta plantando un sonoro beso en su mejilla y marchando apresurada—. Si hace falta, me llamáis, ¿ok? Ya sabes dónde estoy.

Por el rabillo del ojo pude ver cómo sonreía. Paul es un cielo.

La sala azul es un espacio del edificio que se utiliza para los estudios de documentación, clasificación y archivo. En una ocasión albergó una exposición de Leonardo da Vinci y, para ello, pintaron el techo simulando un cielo estrellado al anochecer que sumergía el acontecimiento en una atmósfera especial. Fue un gran éxito de público y crítica. Desde entonces se le habían dado otros usos y, aunque se había pintado en alguna ocasión, aquel firmamento permaneció intacto, sin que a nadie le hubiera pasado por la cabeza hacerlo desaparecer. La sala rectangular cuenta con varias mesas dispuestas bajo aquel halo celestial. En uno de los lados, el contrario a las grandes ventanas que permitían una entrada de luz natural fantástica, se encontraban diferentes estantes de una altura considerable, en aquel momento repletos de contenedores de objetos esperando su turno para ser catalogados. El suelo era brillante y claro.

Cuando tuve todas las cajas en la sala, doce para ser exactos, pensé cómo hacer de aquel espacio una zona en la que trabajar a gusto. Necesitaba un lugar amplio y buena luz. Acomodé las herramientas en la mesa más cercana a las ventanas y utilicé la contigua para dejar alguna de las cajas.

Puse algunos de esos contenedores de historia a lo largo del espacio de trabajo dejando los documentos de forma que no se mezclaran. El procedimiento acostumbra a ser siempre el mismo. La metodología es una parte importante de mi formación y permite tener control durante todo el proceso. Un suspiro sirvió como punto de partida para abrir la primera de las cajas.

—Vamos allá —me dije en voz alta.

Contenía varios libros que fui extrayendo poco a poco; eran volúmenes de lectura, ediciones antiguas sin numerar y muy usadas. También había un pequeño estuche metálico, tres láminas enrolladas y un fajo de documentos desordenados. Lo coloqué todo sobre la mesa.

Tenía mucho trabajo por delante, así que empecé a anotar en el nuevo inventario los diferentes tomos. Me dirigí a la mesa de trabajo y, bajo una potente luz dirigida, empecé a ojear el primer libro. Una a una, todas las piezas fueron pasando por mis manos enguantadas.

La mañana pasó volando. Cuando me di cuenta ya era la hora de comer. Estaba tan metida en mi lectura que decidí tomar un bocadillo allí mismo. Lo engullí con hambre mientras contemplaba los objetos que esperaban para ser estudiados. Aún con la boca llena, me levanté a echar un vistazo a unos papeles que me habían llamado la atención por sus intensos colores. Reaccioné enseguida cuando me percaté de que no llevaba los guantes puestos y solté apresurada los documentos sobre el aparador. La curiosidad me perdía. Por suerte parecía que no había manchado ninguno de los papeles. Con el último bocado bebí un sorbo de cola. Volví después manos a la obra con mis pesquisas.

Las hojas de datos se iban llenando y los objetos empezaban a ocupar de forma ordenada las estanterías. Esperaba poder hilvanar recuerdos con las notas que tejerían poco a poco una historia. ¡Qué emocionante me ha resultado siempre mi trabajo!

Aquel día clasifiqué una caja entera, aunque aún tenía por delante una revisión más exhaustiva de sus documentos.

Cuando salí de allí tuve la sensación de haber estado toda la jornada metida en un sueño. El tiempo pasó tan rápido que ni me percaté de que unas nubes apagadas habían oscurecido prematuramente el cielo y parecía que comenzaba a anochecer.

Al llegar a casa, Joy había preparado la cena y me recibía con la mesa puesta y un suave olor a tortilla de patatas. Me encantó. Un rato después, mientras disfrutábamos de ese manjar de raíces españolas, le conté la novedad del día: tenía un nuevo trabajo de investigación y estaba fascinada.

Aunque me sentía cansada, me entretuve hablando por teléfono con mi padre y luego con Sam, una amiga de la universidad que formaba parte de mi pandilla. A ambos los puse al día de mi suerte.

Utilicé mi móvil para que todo el mundo supiera lo satisfecha que me sentía. Publiqué en mis redes sociales un mensaje de dicha. Con trabajo y tesón estaba consiguiendo prosperar en mi profesión: «A veces la vida te sorprende con oportunidades únicas y maravillosas. Nuevo reto. ¡Feliz!».

Di a continuación paso al ritual de entrar en mi dormitorio para encontrarme con la almohada, mi gran amiga. Antes de conciliar el sueño, con la mirada clavada en el techo, las cajas pendientes de la biblioteca dieron vueltas alrededor de mi cabeza. El descubrimiento de otras vidas me resultaba emocionante. Era capaz de recrear los escenarios en los que tenían lugar esas historias. Noté entonces que las manos me picaban, y frotándolas entre sí me pareció ver un destello, como si se hubieran iluminado. Tuve que ir al baño

a lavarlas con agua fría para aliviar el picor. No me costó volver a la normalidad. ¿Qué era lo que había pasado? ¿Había sido un sueño? Y entre dudas me perdí en algún lugar del inconsciente.